

**EL ALMIRANTE  
VALDIVIESO, SU PALACIO  
Y EL PUERTO  
DE SANTA MARÍA  
EN EL SIGLO XVII**

J. J. López Amador  
y J. A. Ruiz Gil

El Puerto de Santa María, 1992.

La producción historiográfica, cualquiera que sea el ámbito de su contenido, se traduce para el lector iniciado en un juego de expectativas y realidades en el que, con demasiada frecuencia, aquéllas resultan defraudadas en función de los resultados de éstas.

Si a modo de juego inocente se me permitiese la comparación (tan socorrida por su riqueza de sugerencias) del anterior aserto con el mundo

taurino, podría decirse que con los libros ocurre como con los toros: las corridas de expectación suelen resultar también corridas de decepción. A veces de una figura consumada se espera todo y poco se obtiene; otras ocasiones, por el contrario las más gratas, un modesto espada saca a relucir todas las excelencias del arte.

El aficionado, sin embargo, cuenta con un sexto sentido que le permite saber con certeza cuándo no puede, de ningún modo, equivocarse. A la vista del cartel, y aunque la ganadería sea de verdadero lujo, puede obtener conclusiones anticipadas sin necesidad de correr los riesgos del vaticinio. Hay toreros (o novilleros, o becerristas, o simples maletas) voluntariosos, a los que no faltan fe, ganas, valor y osadía. Pero estos mismos pueden al mismo tiempo carecer de la más elemental técnica, que es el mínimo exigible cuando no existe esperanza alguna de hallar cualidades estéticas sublimes en la lidia.

Lo mismo, abusando del símil, cabe decir de la obra de la que me constituyo en inopinado crítico. El mano a mano entre Juan José López Amador y José Antonio Gil Ruiz era de pronóstico inequívoco. Han querido lidiar de poder a poder con un enemigo que les ha superado en todo, les ha pisado el terreno y ha terminado empitonándolos espectacularmente. En suma: no han medido ni sus propias fuerzas ni las del morlaco (o sea, el tema) que tenían enfrente y se han hecho un flaco favor a sí mismos al exponerse a pecho descubierto al albur de la crítica.

La responsabilidad principal, sin embargo, no es de ellos, a quienes ya conocíamos sobradamente en el mundillo, sino del que, teniendo potestad

para mantenerlos unos años más en la escuela taurina, ha preferido con consumada ignorancia darles cartel en la Plaza Real de El Puerto.

Si a una faena cabe pedirle seriedad, a un libro debe exigírsele que resista una mínima lectura. No me refiero ya a una faena ligada, variada, artística, valerosa y rematada con adornos. Me limito, simplemente, a una faena aseada, honrada y profesional. Cualquier entendido, en el peor de los casos, sabe contemplar esta última clase de esfuerzos con un respetuoso silencio.

López Amador y Ruiz Gil se aventuran, temerariamente, a todos los riesgos. Carentes de profesionalidad (y, por si alguien quiere tergiversarlo, hago pública renuncia de cualquier privilegio corporativo), se presentan en traje de luces, hacen un brindis al sol y se aplican al tema, unas veces plagiando a los maestros sin aportar novedad alguna al repertorio y otras voceando los pretendidos defectos de otros espadas del escalafón con ánimo manifiesto de ensalzar las supuestas virtudes propias. Ni con uno ni con otro recurso contribuyen para nada a la brillantez del festejo. Repito: no les falta valor, lo que les sobra es bisoñez y osadía, sobre todo esto último. Y desde luego, no están para seguir placeándolos.

A los perpetradores de la obra (el siglo XVII portuense no se merecía esta alevosa ejecución sumaria al amanecer) les ruego que, hasta donde llegue su capacidad de fajar, no se tomen esta crítica a ofensa, sino a clarinazo de aviso. Y que dispensen a quien, prefiriendo personalmente tomar los trastos y torear él mismo en los medios, se ha visto forzado a montar a lomos de estos párrafos para administrar un puyazo en todo lo alto.

Y al lector benévolo también solicito una disculpa comprensiva por incurrir en el mismo juego de expectativas y realidades que denunciaba al inicio. Si alguien esperaba una reseña bibliográfica, que procure entender el resultado: puesto que no hay libro, imposible la reseña.

**Juan José Iglesias Rodríguez**  
*Universidad de Sevilla*